

La reunión

Apresuró el paso. Las agujas del reloj que acababa de consultar por segunda vez en escasos minutos apenas si señalaban la proximidad de las nueve, pero a juzgar por la lóbrega y enfermiza apariencia de la ciudad bajo las amarillentas luces de las farolas tranquilamente podrían haber reflejado el dominio incuestionable de la madrugada. Caminaba parapetada en la protección que le brindaban los robustos edificios, arrimándose lo más que podía a sus paredes, pero la treta cada vez resultaba menos efectiva. Hacía un par de minutos se había cruzado con las luces de un par de coches solitarios, pero a excepción de eso, la calle estaba desolada. Era principios de Febrero, hacía un frío de mil demonios y por si fuera poco comenzaba a llover de nuevo, pero aún así la ciudad le pareció extrañamente desierta. Había hecho ese recorrido mil veces antes, pero hoy se sentía inexplicablemente inquieta. Era absurdo, pero hubiese jurado que no estaba sola y que unos ojos perversos la escrutaban recreándose en sus movimientos desde el instante mismo en que había pisado la calle. Era una sensación confusa, pero que le penetraba hasta el tuétano

y que desde luego no le seducía en absoluto. Era como si algo horrible estuviese a punto de suceder.

Apretó la carpeta con fuerza bajo el brazo y seguidamente volvió a aligerar un poco más el paso tras comprobar que ese último recurso también resultaba lastimosamente baldío. Pasados unos instantes la sensación de que algo o alguien le acechaba se acentuó obligándola, pese a sus esfuerzos por contenerse, a girarse con brusquedad. Nada. Se sintió ridícula.

Si bien el auxilio de los edificios se había revelado insuficiente, abandonarlo no contribuyó precisamente a que se serenase. A su derecha quedaba ahora la pista de atletismo municipal, que si bien en otras ocasiones le saludaba llena de gente y le invitaba a que descansase unos minutos observando su trajín, hoy se encontraba desierta, y únicamente se podían apreciar en ella las gotas de agua cayendo sobre los pequeños charcos que se habían formado a lo largo del día.

De repente sintió un escalofrío recorriéndole la espalda y notó una presencia emboscándola mucho más intensamente de lo que la había advertido hasta ahora.

Se giró lo más rápido que pudo, olvidadas sus reticencias y con el corazón pugnando por salirse del pecho, pero ya era demasiado tarde. Simplemente pudo ver durante un instante la silueta negra que se abalanzaba sobre ella. Después sintió el frío metal hundiéndose entre sus costillas, y sufrió el aliento helado de su atacante. Luego...sueño...y silencio.

Tendría unos sesenta años bastante bien llevados. Vestía de riguroso oscuro. Pantalón, camisa, chaqueta y como no, una elegante corbata negra. Llevaba un bastón aunque parecía no necesitarlo en absoluto, y que utilizaba para señalar en la gran pantalla blanca donde se proyectaban las filminas, y en la que en ese momento aparecía un dibujo que representaba

un horrible vampiro abalanzándose sobre una desprevenida doncella que dormitaba ajena en su cama.

El gimnasio estaba prácticamente lleno, en semipenumbra, y ningún asistente perdía detalle ni de las imágenes que se sucedían en la pantalla, ni de las explicaciones del experto, por lo que nadie se percató de la silueta que entró sigilosamente y se sentó en una de las pocas sillas vacías del fondo, la más cercana a la puerta.

Si hubiese sido hacía algunas fechas, era más que probable que el recinto hubiese estado medio vacío, pero ahora, después de que dos mujeres hubiesen aparecido violentamente asesinadas en extrañas circunstancias en un escaso intervalo de tiempo, la situación era completamente distinta. Pocos datos habían trascendido, por lo menos de manera oficial, pero aún así los sucesos en sí habían sido más que suficiente.

La primera había sido una mujer de 55 años, que trabajaba en el servicio de limpieza del ayuntamiento. La segunda, una jovencita que regresaba a casa un día de lluvia y viento al salir de sus clases de inglés. El secreto de sumario hacía que fuesen más las preguntas que las respuestas. ¿Habían sido violadas?, ¿Les habían robado?, ¿Cómo habían muerto?..pero lo que sí había sonado con fuerza en los mentideros era algo referente a dos extraños agujeros en el cuello de ambas víctimas, y la palabra vampiro había sonado tímidamente primero, e insistentemente después. El morbo y la incuestionable atracción que generaban los sucesos escabrosos habían hecho el resto.

En la primera fila, los responsables de la asociación de vecinos, convocantes de la “reunión” se miraban satisfechos. Estaba siendo un éxito innegable. La habían programado con prisas el pasado Viernes debido a que en su opinión la policía hacía más bien poco por garantizar la seguridad ciudadana, y los responsables del ayuntamiento estaban más preocupados por obtener votos fáciles y por llenarse los bolsillos mediante algún pelotazo inmobiliario que de cualquier otra cosa. Luego, el Domingo, hacía un par de días, había sido

clave en el proceso. Durante los distintos servicios religiosos, el párroco había ensalzado, ante una audiencia inusualmente abundante, las miserias del maligno, que sin duda se encontraba entre nosotros, así como la de sus enviados a la tierra con la finalidad de difundir la confusión y el caos. Posteriormente, pasada la medianoche la televisión se encargó de rematar la faena dedicando un especial a los cercanos sucesos en un programa en el cual se hizo referencia a los recientes asesinatos de las dos mujeres, relacionándolos con la desaparición de dos pescadores hacía no mucho, y que en principio fue atribuido a un golpe del violento mar Cantábrico, y con otros no tan recientes que se habían venido sucediendo en diversas ciudades europeas, algunas tan conocidas como Praga, Hamburgo, Londres, Lyon o Paris.

El ponente se movía de un lado a otro, señalando con el bastón las imágenes que se sucedían, y explicando con voz firme cada una de ellas.

El caballero del fondo no perdía detalle, pero más que las imágenes era el orador el que acaparaba toda su atención. Era un tipo alto y delgado, de rostro severo, pelo y ojos negros como la oscuridad que reinaba fuera y apariencia siniestra, que no aparentaba más de 30 y pocos años. Vestía rigurosamente de negro, y procuraba pasar inadvertido en la medida de lo posible, ocultándose tras el rechoncho cuerpo de la mujer que le precedía.

La parte final de la exposición, aquella que versaba sobre los modos más eficaces de acabar con los vampiros fue la que más atrajo la atención de la sala, incluyendo al furtivo visitante de negro que en ese momento se removía inquieto en su asiento. El ponente, consciente de que ese era su momento incrementó el tono de su voz y confirió a sus gestos de un mayor dramatismo.

La exposición finalizó con una imagen a toda pantalla de Christopher lee caracterizado como el personaje que le reportara fama mundial, mientras el profesor desenvainaba de su bastón una larga y mortal hoja de acero apuntando con precisión al corazón del vampiro. La

sala irrumpió en una sincera catarata de suspiros, exclamaciones y grititos nerviosos. Tras encenderse las luces, toda la gente aplaudió con ganas levantada en pie, a excepción de una próduga silueta negra que abandonaba discreta el recinto antes que nadie.

Al salir a la calle el aire frío le golpeó en la cara, aliviándole. Se apoyó ligeramente en su bastón y echó a andar.

Llevaba varios minutos caminando, y la sensación de algo acechándole no le abandonaba desde que había irrumpido bajo el cielo cubierto de la noche. Era absurdo, pero se sentía nervioso y le extrañó comprobar que no había rastro de vida por la calle. A lo lejos divisó la parada de taxis y aunque solía gustarle caminar al fresco de la noche decidió regresar a casa en uno.

Se había puesto cómodo, y caminaba ahora en bata por el largo pasillo camino del salón. Nada más penetrar en él, incluso antes de encender las luces pudo observar la silueta esbelta que se recortaba contra la ventana. Pulsó el interruptor y la luz alógena iluminó al visitante de negro.

- No te importará que me haya servido una- Le dijo mientras señalaba con la cabeza la copa de vino que sostenía en su mano derecha, idéntica a la que se había servido él.

- Así no beberás sólo. - Sonrió.

El profesor miró de reojo la copa que sostenía en su izquierda, y acarició delicadamente el mango del bastón que sostenía en la derecha.

-¿Qué es lo que quieres? – Las palabras brotaron sin pensar.

- Ya te lo he dicho, que no bebas sólo.

El joven de negro se movió acercándose al mueble que se encontraba a su derecha donde descansaba el equipo de música y pulsó el play. Una música suave y lenta comenzó a inundar la habitación. El joven volvió a sonreír. Parecía que tenía la sonrisa fácil, pero era de todo menos confortable.

- Así animamos un poco nuestra “entrañable reunión”, pero no te preocupes, nos cuidaremos de no molestar a los vecinos. La discreción es mi fuerte.

El joven esperó con la mirada fija en su interlocutor, mientras acariciaba la copa con los dedos, pero no halló respuesta.

- He estado oyendo todas esas patrañas que has soltado esta noche. Debería darte vergüenza a tus años.

El profesor cambió el pie de apoyo y dio un largo sorbo al vino. – No es tonto el que no sabe... - añadió parafraseando al filósofo y dejó la frase en el aire, como pretendiendo que su interlocutor la acabase, pero éste no dijo nada. Se llevó la copa a los labios, bebió, y de nuevo sonrió, dejando entrever esta vez unos colmillos inusualmente grandes..

Durante unos instantes reinó el silencio, y después el joven lo interrumpió.

- Ajos. Estacas de madera en el corazón. Agua bendecida. Luz solar...deberías sonrojarte de engañar así a la pobre gente.

El que sonrió ahora fue el hombre maduro. – La experiencia me dice que cuanto más equivocados estén mucho mejor para mí- añadió.

- Para nosotros- le corrigió su interlocutor.- He oído que te has estado divirtiendo por aquí y he pensado que tal vez debería acompañarte. Seguramente entre dos sea más emocionante.

El viejo volvió a acariciar el mango de su bastón, y tras beber un largo trago de vino soltó una sonora carcajada dejando ver claramente dos blanquísimos colmillos afilados como estiletos que no desmerecían en absoluto a los de su acompañante.

Fercar70